



Celebración del 4 de julio

El hogar de los valientes

Por Bo Niles

Serie 4 de julio, 1998

Copyright 1998, The Hearst Corporation. Reservados todos los derechos. Republicado de "Country Living", julio de 1998.

Después de casi treinta años mi barrio es para mí algo que doy por sentado, pero en algunas ocasiones. cuando me siento y pienso en él, me doy cuenta de que el lugar es realmente asombroso. En un día cualquiera, en el espacio de unas pocas cuadras de donde vivo, puedo encontrar personas que representan a más de dos docenas de nacionalidades o grupos étnicos, hombres y mujeres que han emigrado a este país y que se han establecido en esta ciudad, provenientes de lugares enormemente distantes y de culturas muy diferentes. Hago mis compras semanales en la tienda de comestibles libanesa, la verdulería coreana, la florería griega, la lavandería china, la panadería francesa, la sastrería india, la tintorería israelí, la pescadería japonesa, el colmado puertorriqueño. Nuestro barrio tiene una iglesia ortodoxa rusa y una mezquita recientemente construida. Al mediodía, cuando los niños de las escuelas del vecindario salen a almorzar, hablan entre ellos en francés y en italiano, lo que no es de extrañarse en vista de que el Lycee Francés y la Scuola Italiana están uno al lado del otro, a sólo una cuadra de la pizzería siciliana, lugar de reunión favorito de los muchachos. Toda esta gente ha venido -- igual que lo hicieron mis padres -- para crear en el Nuevo Mundo una vida mejor para ellos y para sus familias.

Debido a que he vivido más de la mitad de mi vida en este lugar que me es tan familiar, casi he olvidado lo que debe ser partir, dejando todo atrás, y empezar nuevamente en un lugar completamente extraño y desconocido. Digo casi, porque mi familia hizo exactamente lo mismo en 1958, cuando yo tenía apenas 14 años. Partimos, dejamos todo atrás, y nos fuimos de Italia. Pero nos fuimos solamente para pasar una temporada, no para toda la vida. Lo que hicimos fue una aventura y, podría agregar, darnos una satisfacción porque nos fuimos por la música. Mi padre, que era pianista y compositor, había heredado algún dinero; por lo tanto, mis padres sabían que podríamos vivir holgadamente durante aproximadamente un año. Lo que podríamos haber anticipado, pero no podíamos imaginarlo anticipadamente, era cómo sería vivir como extranjeros en otro país. Encontrar donde vivir, encontrar una escuela para nosotros los niños, encontrar para mis

padres un maestro que les enseñara el idioma -- en otras palabras, encontrar una vida nueva -- todo fue extraño. Extraño y atemorizante, pero, por último, maravilloso.

Superar esa sensación de extrañeza, o integrar esa extrañeza en la experiencia de uno, o adaptarla a una forma totalmente nueva de sentir y de ser, representa para mí un acto de verdadero valor. Admiro el valor que significa abandonarlo todo y, a diferencia de mi familia, llevar absolutamente nada y crear una vida nueva con sólo esperanzas, sueños, recuerdos y la ropa que llevamos puesta. Mi familia no pudo pretender nunca poseer ese grado de valor cuando nos trasladamos al exterior. Y sin embargo pienso que mis padres fueron valientes al separarse de sus familias, que criticaron su decisión (especialmente teniendo hijos) y se preguntaron qué demonios trataban de probar. Creo que fue valiente de parte de mis padres soñar y confiar en que podrían crear una nueva vida para nosotros, una vida que estuviera predicada en la música y el arte. Tuvimos suerte en que la cultura en que nos encontraríamos alimentaría esos sueños y esperanzas. Durante los seis años que nuestra familia vivió en el extranjero, mi padre descubrió lo que deseaba hacer con el resto de su vida, un descubrimiento que logró traducir a una nueva profesión cuando regresamos para siempre a Estados Unidos.

Los libros de historia nos cuentan acerca de los millones y millones de inmigrantes que han venido a Estados Unidos a consecuencia de las guerras o el hambre. La mayoría de ellos empezaron de nuevo, creando lentamente para ellos una vida nueva. Muchos aprendieron oficios y profesiones nuevas. Algunos adoptaron - o recibieron - nombres nuevos. Algunos asumieron nuevas identidades. Todos deseaban una vida mejor.

El 4 de julio, cuando levanto la vista y veo la bandera norteamericana -- que ondea tan solemnemente al frente de tantos desfiles y adorna las fachadas de tantos edificios -- el azul tachonado de estrellas parece desplegarse y, al igual que los fuegos pirotécnicos que también celebran este día, aparece como un manto brillante. En lugar de cincuenta estrellas que representan cincuenta estados, veo un firmamento de millones de estrellas, cada una representando una cultura y un idioma y un legado, que juntos se han convertido en una parte de esta tierra que todos llamamos patria. En este día, la bandera parece ser especialmente vibrante. Nos invita a examinarnos a fondo y considerar nuestro potencial de quienes somos y quienes llegaremos a ser en la tierra de los libres y la patria de los valientes.

(Distribuido por la Oficina de Programas de Información Internacional del Departamento de Estado de Estados Unidos. Sitio en la Web: <http://usinfo.state.gov/espanol>)